

habia sostenido el pobre perro; es su victoria. El senescal echó de ver que este animal habia sido el libertador de su amado hijo; y por premio de su fidelidad le habia dado muerte con su propia mano! ¡Ay hijos míos! Ya concebiréis cuán grande seria su sentimiento; mucho tiempo lloró el lamentable error que cometiera. Aun agrega la crónica que se condenó, para espiarlo, á la misma penitencia que si realmente hubiera sido reo de la muerte de uno de sus semejantes.

Es tan tierna esta historia, que la ha reproducido un diestro pintor, y se ha puesto en escena. Si alguna vez llegais á visitar la magnífica galería del Museo del Louvre, buscad este cuadro; allí lo encontraréis, y estoy cierto de que os hará verter lágrimas.

Historia de la señorita Carolina de Latour.

De todos los dones que ha concedido Dios al hombre, el mas precioso sin disputa, es el entendimiento. Pero el entendimiento requiere instruccion; necesita ciencia, que es el sustento intelectual, así como el cuerpo necesita alimento. Sin el auxilio de la ciencia decae y fenece.

La ignorancia es esencialmente funesta; no solo es el origen de todas las miserias, de todos los vicios de la especie humana, sino que engendra la ferocidad y la barbarie. El hombre ignorante es grosero, cruel, supersticioso. Poned vuestros ojos en los salvajes: ¿quién de nosotros quisiera asemejarse á ellos? Y sin embargo, ¿qué es lo que se necesita para que nos volvamos lo que ellos? Poquísima cosa; una ó dos generaciones bastarian para que se volviesen inconocibles los hijos del hombre mas culto. Dios, al concedernos el entendimiento, ha querido que lo cultivemos. Tan luego como se le descuida, es como la tierra, que en vez de flores produce espinas y mala yerba. Escuchadme: sobre este punto voy á referiros una historia que os demostrará cuán acelerados progresos hace la depravacion en nosotros, cuando no hacemos esfuerzos para combatirla.

Hace muchísimo tiempo que una jóven de noble y rica familia, recibió una educacion arreglada á su fortuna y á su clase. Como era hija única, cifraban en ella su orgullo sus padres, que la idolatraban; pero tambien

es preciso que confesemos que la señorita Carolina de Latour merecia realmente que se la amase. No solo era hermosa, sino que unia á las gracias naturales del rostro y del cuerpo una inteligencia notable. Apenas habia llegado á la edad diez y siete años, cuando varios jóvenes de buen nacimiento se presentaron á pedir su mano. Ninguno de ellos fué admitido; la ambicion de sus padres haciales aspirar á mayor altura.

Llegó el dia en que por desgracia vió perdidos esta familia todós sus bienes. Este revés de la fortuna originó un súbito cambio en los que con mas empeño frecuentaran su trato. Cesaron de visitar á gentes que habian empobrecido, los amigos y los pretendientes. En medio de este general abandono no tardó la miseria en aflijir á aquella familia, que se viera poco antes nadando en la opulencia. La ternura que tenia la señorita Carolina á los autores de sus dias, prestóla fuerzas, y decidióse á buscar trabajo como una simple jornalera.

El señor de Latour y su muger se desprendieron de la magnífica mansion que habitaban en el arrabal de San German, y se fueron á ocupar una guardilla que habia en el cuarto piso de una casa de la calle de Santiago. La pobre niña no abrigaba mas que un pensamiento, no tenia sino un solo deseo, el de hacer menos cruel la miseria que estaba á punto de agobiar á sus padres. Con este fin entregábase sin solaz al trabajo. El dia pasábalo en la casa de una lenceira, y la mayor parte de la noche empleábala bordando, en su cuarto, á la luz de una vela de sebo. Merced á ella no carecian el señor de Latour y su muger del pan cotidiano; pero ¡ay! con frecuencia comian este pan empapado de lágrimas.

Así pasaron año y medio entregados á penalidades y á privaciones de toda especie. Al cabo de estos diez y ocho meses, ó mejor dicho, de estos diez y ocho siglos de padecimientos, presentóse un jóven de aquel vecindario, que estaba colocado en una casa de comercio, á pedir á Carolina por esposa: el aspecto mísero de la guardilla no le hizo desistir de su intento. Mucho tiempo hacia que desde sus ventanas la veia trabajar noche por noche con admirable perseverancia; y aquella vida laboriosa, mas todavia que su hermosura, habia conmovido el corazon del señor Miguel Grandjean; pues habeis de estar, hijos míos, en que el amor al trabajo es siempre una virtud preciosa.

Púsose Miguel Grandjean á tomar informes con relacion á Carolina, y averiguó cuál era la honrosa causa de sus vigiliás. Entonces lleno de admiracion para con una jóven que poseia carácter tan noble, se atrevió á presentarse en la casa de los padres de la señorita de Latour. No era rico el jóven dependiente; cifrábanse todas sus esperanzas en el amparo de un tio que le queria en extremo, y que deseaba hacerle prosperar en

el comercio. No obstante esto, fueron acogidas sus proposiciones, y poco tiempo despues se celebró el enlace. ; Cuánto debió ofenderse el orgullo del señor de Latour y su consorte, que tantas veces rehusaron partidos infinitamente superiores al que á la sazón se les presentara! Hé aquí el castigo que por su ambición ecibianr.

A unos cuantos meses de esto resolvió el tío del jóven enviarle á Lima, punto de la América Meridional, á la casa de un comerciante amigo suyo, para que se asociase á las importantes operaciones mercantiles de éste. Instaba el tiempo ; debíase aprovechar la ocasion, pues la menor tardanza podia malograrla, y de ella dependia la fortuna del jóven. A pesar del vivo cariño que tenia á su muger Miguel Grandjean, decidióse. Por otra parte, queríalo así su tío, y desobedecerlo, era esponerse á perder su afecto.

Cuando se separó de Carolina, estaba ésta á punto de hacerle padre. Recomendóla, pues, Grandjean, con mucha instancia, á su tío, quien le ofreció que durante su ausencia cuidaria con todo esmero de la madre y del niño, y cumpliólo. La señora Grandjean dió á luz una linda criatura, varon, á quien se puso el nombre de su padre ; en seguida procuróse transmitir esta fausta noticia á Lima. Recibióla el señor Grandjean con indecible júbilo ; un doble vínculo uníale en aquella sazón á su consorte. Los dos esposos, separados el uno del otro, por el inmenso mar, escribíanse con la mayor frecuencia posible. No habia bajel que saliese para Francia ó para el Perú, que no llevase alguna carta para el uno ó el otro. Pero era tan grande la distancia que mediaba entre ellos, que se estaban algunas veces cinco meses y seis sin recibir noticias ; circunstancia que originaba que fuese su separacion infinitamente penosa.

Pasarónse algunos años de este modo ; seis tenia el chicuelo Miguel ; habia muerto el señor de Latour, y el marido de Carolina era dueño de una brillante fortuna. Un día recibió la señora Grandjean una carta de Lima ; contenia una letra de 10,000 francos sobre un cambista de Paris. Suplicábala su marido en esta carta que se embarcase inmediatamente y se fuese á reunir á él en América, donde habia comprado dilatados terrenos. Quince días despues daba la vela del Havre, con viento en popa, una fragata muy velera que conducia á su bordo á Carolina Grandjean, á Miguelito y á la señora de Latour.

El cielo, desde que se desprendiera el bajel del puerto, parecia complacerse en favorecer esta navegacion. Ya habia doblado el cabo de Hornos y se adelantaba con rapidez al grande Oceano; cada dia aproximábase mas al término del viaje. En fin, una mañana, al salir el sol, percibieron los marineros en el horizonte las montañas del Perú; ya no

distaba sino unas cuantas leguas la ciudad de tierra. Unicamente faltaba un dia para que Carolina volviese á ver á su marido. Llena de júbilo abrazaba á su hijo y le hablaba de su padre; despues mostrábale la tierra que á lo lejos se percibia formando una línea nebulosa, y el niño tambien estendia sus bracitos hácia la costa impaciente de abrazar á su padre, á quien nunca habia conocido. Estaba muy apacible el mar, soplabla blandamente la brisa sobre el velámen; todo presagiaba que llegaría con felicidad á puerto la nave.

Hasta hácia la mitad del dia conservóse bueno el tiempo; entonces los rayos del sol perdieron un tanto su brillo y comenzáronse á rizar las nubes. El mar, de azul que estaba, pusóse aplomado. No se sentia que hubiese refrescado el viento, y sin embargo eran mas elevadas las olas. Oíase á lo lejos un sordo mujido, anuncio de borrasca. A poco oscurecióse repentinamente el dia; desencadenóse con furia el huracán; arrojábase formando torbellino sobre el aparejo del bajel que hace crujir los mástiles torciéndolos. Afortunadamente estaban asegurados éstos. El capitán, temiendo ir á dar contra algun arrecife estándose inmediato á la costa, mandó que se pusiese proa al mar y que se corriese la tormenta.

Por espacio de seis dias y seis noches, vióse impelido el bajel con una celeridad extraordinaria hácia un mar que estaba cubierto de archipiélagos y escollos. Aproximábase la noche; en aquel momento cesó el viento, pero continuaba una fuerte marejada. Succedióse á la tempestad una noche oscura y lluviosa.

Habíase creído percibir tierra durante el dia, por el rumbo de Oriente. No pudiéndose maniobrar á consecuencia de la calma, veíase la tripulacion en la necesidad de dejarse llevar por las olas. Hacia mas de seis horas que se encontraba el bajel en esta situacion peligrosa, cuando á media noche se presentaron al capitán algunos marineros diciéndole que se oia el choque de las olas contra las rompientes. En aquella sazón encontrábase la embarcacion empeñada en medio de un laberinto de escollos; por todos lados mostrábase inminente el peligro. Durante dos horas anduvo aquí y allí el bajel, á la ventura, por entre numerosos arrecifes. El capitán, con los ojos puestos en el velámen, esperaba con ansia el soplo de la brisa; pero continuaban las velas pegadas á los mástiles. Esperábase por momentos una desgracia. ;Ay! aconteció lo que se temia. Un violento sacudimiento acompañado de un prolongado crujido en los costados del bajel, no dejó ya duda de que iba á acaecer la desgracia que tanto tiempo se esperara. Acababa de dar la nave contra un banco de coral que estaba á flor de agua y que cercaba á una de las islas del archipiélago de Naukahiva. A este sacudimiento siguiéronse inmediatamente otros; en un instante se llenó de agua la bodega.

Desde el primer choque habíanse arrojado precipitadamente marineros y pasajeros á las lanchas. Algunos, queriéndose embarcar demasiado aceleradamente, fueron á dar al mar. Oíanse por intervalos, en medio de aquella tenebrosa noche, tristes y lastimeros gritos que se sobreponían al mujido de la resaca. Una hora despues ya no se percibió mas rumor que el de la marejada. Los náufragos, al aproximarse á las escarpadas orillas de la isla, habian perecido todos á escepcion de Carolina y su hijo, á quienes salvó un marinero que fué el único de la tripulacion que se escapó de la muerte. Habiéndose asido los tres de uno de los fragmentos de la nave, lograron tomar tierra en una ensenada que habia á la inmediacion de un bosquecillo de cocos. Por lo que hace á la señora de Latour, el dia siguiente encontrósela muerta en la playa, casi completamente sepultada entre fango y arena.

En tales circunstancias, ¿qué harian estos desventurados? ¿qué tierra era aquella á la cual se veian arrojados? Nada de esto sabia el marinero. ¿Estaria poblada aquella isla? Ya el sol habia aparecido en el horizonte, y ningun sér humano se veia. El marinero, deseoso de explorar el terreno, encargó á la señora Grandjean que le esperase y se metió en el bosque.

Provisto de muchos cocos que durante su exploracion habia cortado, volvióse á la ribera, cuando una cuadrilla de salvajes, armados de flechas y con todo el cuerpo pintado, arrojaron gritos de caníbales al verle. Al oír semejantes ahullidos huye espantado el marinero. Llegaba á la orilla del bosque, cuando silban por entre los árboles dos flechas y vienen á traspasarle de parte á parte. Da unos cuantos pasos, luego cae, y las frutas que tiene ruedan hasta donde está Carolina, que las levanta creyendo que su libertador se las arroja. No tarda en acercarse á ella la cuadrilla de salvajes; uno de ellos trae al extremo de una estaca, una cabeza ensangrentada. La señora Grandjean exhala un grito de horror, oculta á su hijo entre sus brazos y le estrecha contra su seno.

Al acercarse á ella no manifestaron indicio de quererla hacer mal los salvajes; colocáronse en su derredor y pusieronse á cantar con un acento triste y monótono; hecho esto, lleváronse la madre y el hijo al interior de la isla. Recibióles en su choza el gefe de la tribu. Era un anciano de barba cana y venerable aspecto. Su hija, que era poco mas ó menos de la misma edad que Carolina, salió á recibir á la desconocida bailando. Estos salvajes llevaban atado en derredor del cuerpo un cinto compuesto de hojas. Algunos habia entre ellos que tenian la cabeza adornada de plumas y que en vez de hojas tenian por cinto una especie de tejido hecho con corteza de coco. El color de su cútis era de cobre oscuro; eran generalmente corpulentos y bien formados.

Luego que Carolina y Miguelito hubieron salvado el umbral de la choza del gefe, mostráronseles muy obsequiosos todos los salvajes. Desde aquel dia consideróseles como miembros de la tribu. Pero cuán opuesto era el método de vida de aquellos isleños con las costumbres de los países europeos! Por domicilios no tenian sino cabañas muy imperfectamente hechas, techadas con hojas de árbol del pan; por cama, hojas secas; por alimento frutas, peces, carne cruda de animales monteses que cazaban, y por bebida el agua de los arroyos y de los manantiales. Algunas veces en las circunstancias solemnes, servíanse del agua de coco fermentada. Sin embargo, no dejaban las habitaciones de estar agradablemente situadas en los valles. Los hombres en lo general, tenian pintado el cuerpo con admirable simetría. Muchos habia que se dejaban crecer la barba, la cual dividian en dos partes y trenzaban. Por lo que hace al pelo, levantábanse y desviábanlo á uno y otro lado de la cabeza por medio de diademas de concha que las mas veces adornaban con plumas de diversos colores.

Por lo demas, estos salvajes superaban, por sus hermosas proporciones de sus formas y por la regularidad de sus facciones, á casi todos los demas pobladores de la Polinesia: llámase así una vasta estension de mar que está cubierta de innumerables islas que forman la tercera parte de la Océánica ó mundo marítimo. Ninguna ley habia á la cual estuviesen sujetas las relaciones de aquel pueblo. Gobernábanlo simplemente gefes que no tenian mas influencia que la que les daba la fuerza, la experiencia ó la religion. Un gran número de divinidades era objetos de su culto. A algunas de ellas tributábase una adoracion ridicula y bárbara. Su religion, como la de todos los salvajes, componíase de un tejido de supersticiones groseras.

Hé aquí en medio de qué gente se veia reducida á vivir aquella jóven tan bien educada, tan amable, tan delicada. En los primeros dias de su mansion en la isla, apoderóse de ella una profunda melancolía, pero poco á poco fué resignándose á su suerte. Viéndose en la necesidad de imitar á sus compañeros, de tomar parte en sus tareas y en sus escursiones, acostumbróse á aquel género de existencia. Cuando á tanto correr por los bosques se le acabó el vestido, anduvo desnuda como todas las demas mugeres. El frecuente ejercicio, las caminatas á puntos distantes, hiciéronla insensible al cansancio. Como se nutria con alimentos groseros, perdió la delicadeza del gusto. Las costumbres bárbaras de las gentes en medio de quienes vivia la hicieron volverse como ellas. Al cabo de algunos años sabia perfectamente su idioma, imitaba sus ademanes, trepaba á los árboles, y cantaba y bailaba de la misma manera que

aquellos entre quienes residia. No teniendo con quien hablar su idioma, llegó al fin á olvidarlo casi totalmente. Pero quien especialmente padeció una trasformacion completa fué Miguelito; á medida que iba creciendo. El pobre chico se convirtió en un verdadero salvaje.

Tal es la influencia que ejerce en nosotros la sociedad en el seno de la cual vivimos. Si es buena, nos perfeccionamos, si es mala, rara circunstancia será que no nos volvamos lo que ella. En este caso, no fué el sér civilizado quien elevó á su nivel al salvaje, sino que fué el salvaje quien degradó al sér civilizado. Por conclusion, Carolina Grandjean y Miguel tomaron tanto gusto á aquella vida de libertad que pasaban en la isla, que no pensaron ya en salir de ella.

Mas de veinte años habian trascurrido desde el dia en que naufragaron, sin que el pobre del Sr. Grandjean hubiese tenido el mas leve indicio del paradero de su muger y de su hijo. Habia dado sobre este particular muchos pasos, pero todos habian sido infructuosos. Lo único que sabia con certeza era que habian salido del Havre con el designio de reunirse á él; pero nadie sabia qué suerte habia corrido la nave en la cual salieran. Acaso habriase estrellado contra alguna ignorada costa y habia quedado esta desgracia sumerjida en el mas profundo secreto. Jamas habian desembarcado europeos en la isla. No tenian mas relaciones sus pobladores que con los habitantes del Archipiélago que solian pasar á visitarles; y con frecuencia acaecia que de estas visitas resultasen sangrientas riñas. Afortunadamente, los pueblos de las islas Ouapoa, Onahouga y Noukahiva, que eran los mas considerables de todo el grupo del Archipiélago, protejia á los habitantes de la isleta donde se hallaban Miguel y Carolina. La estension de ésta no pasaba de legua y media de largo y una de ancho. Era poco elevada, de pintoresco aspecto, y estaba totalmente formada de coral.

El hijo del Sr. Grandjean habia llegado á ejercer cierto ascendiente en la isla. Era un hombre corpulento y fornido que manejaba con destreza el arco y la macana. En cuanto á sus modales y su exterior no se le distinguia de los indígenas. No estaba menos inconocible su madre; su cútis habia tomado un color tostado que muy poco diferia del de las otras mugeres.

Un dia que la tribu se habia reunido en la ribera para solemnizar sus divinidades marinas dejöse ver una corbeta americana que en direccion á ella navegaba. Cuando se hubo aproximado á la costa, púsose al *paíro*. El capitan, que se llamaba Ingraham, envió á tierra un esquife con gente armada, con el objeto de hacer un reconocimiento. Sucedia esto en 1791; acababa de descubrir uno de los dos grupos que constituyen hoy el Ar-

chipiélago de Mendana. Cuando los salvajes vieron llegar el esquife, refugiáronse al interior de la isla; pero no tardaron en volver, precedidos del venerable anciano su caudillo, de su hija y de Carolina. Estas tres personas traian en la mano un ramo de árbol en señal de paz. Adelantöse Carolina sola á recibir al oficial, é hízole entender, ya por señas, ya en francés, que la tribu trataria á él y á los suyos amistosamente si no llevaban malas intenciones. Agregó que la isla contenia frutas y caza en abundancia y que podian proverse de todo aquello que necesitasen.

Sumamente sorprendido de oír hablar francés en aquel ignorado rincón de la tierra, volviöse el oficial abordo, y comunicó esta circunstancia singular á su gefe. El dia siguiente pasó el capitan á tierra para aclarar este misterio. Acompañábale un numeroso séquito. Como no habia quien hablase francés abordo de la corbeta sino un pasajero que regresaba á América, rogósele que hiciese parte de la comitiva. Este pasajero estaba enfermo; ademas era un hombre de carácter tétrico y meditabundo y costó gran trabajo que cediese á las fuertes instancias que se le hicieron.

Adelantáronse los salvajes á recibir á los extranjeros como lo habian hecho la víspera, y manifestaron las mismas intenciones pacíficas. A la cabeza de ellos iba tambien esta vez Carolina. Acércanse á ella el capitan y el pasajero. Repentinamente se detiene, mira con desencajados ojos á éste último, agítasele el seno y esclama toda temblorosa:

—; Miguel! ; Miguel!

El hombre cuyo nombre acababa de proferir, lleno de un sentimiento indecible, contesta con otro grito á este grito, y se precipita á sus brazos llorando; era su marido: el Sr. Grandjean ha reconocido á su consorte. Ha vuelto por fin á encontrar á aquella por quien todavia llevaba luto en el corazon pocos momentos antes; existe, la ve, la estrecha en sus brazos. Pero ; gran Dios! ; en qué situacion vuelve á verla!

Los individuos de ambas partes que presenciaban esta escena, estaban mudos de asombro. El Sr. Grandjean, enajenado de alegría, no podia hacer mas que verter lágrimas; tambien su muger tenia embarazada el habla. En fin, despues de que hubieron pasado las primeras impresiones, pudo hablar el Sr. Grandjean y dijo:

—; Oh amiga mia! ; dichoso yo que vuelvo á verte! ; cuánto he llorado! ; Y mi hijo? ; Y Miguel? ; dónde está? ; aun vive? ; Ah! habla, enséñamele, quiero estrecharle contra mi pecho.

—; Vuestro hijo? dijo volviéndose y buscando á alguien con los ojos. Repentinamente arrójase hácia un salvaje de una estatura gigantesca,

que tenia todo el cuerpo pintado, ásele del brazo, condúcele ante su marido y añade impeliéndole hácia él :

— ¡ Ahí está !

Al verle, no puede el Sr. Grandjean contener un grito de espanto. Retrocede como si hubiera visto un espectro. Echase de ver su despecho. No obstante, venciendo su repugnancia, habla á Miguel que no le comprende ; le acaricia y se empeña en persuadir á él y á su madre á que se vayan con él á América. ; Pues bien ! ved á qué grado de embrutecimiento nos puede conducir una existencia de salvajes. Todo lo desconocieron, ambos desoyeron la voz de la naturaleza y de la sangre ; ni Carolina ni Miguel quisieron consentir jamas en salir de su isla. Y sin embargo ; ¿ qué brazos eran los que se les abrian ? los de un padre, los de un esposo. Causa espanto sin duda confesarlo, y nada es mas cierto.

DOS PANECITOS.

Jorge tenia diez años ; era bueno, fiel. Tan luego como su madre le decia ó le mandaba algo, con toda prontitud la obedecia. Pero era tan vivo, tan irreflexivo, que con frecuencia sucedia que hiciese mal sin intencion dañada. Pero la irreflecion y el aturdimiento, aun cuando son menos censurables que la maldad, no son sin embargo disculpables, porque algunas veces producen efectos no menos nocivos.

La madre de Jorge mantenía con sumo trabajo á sus hijos. Habiendo enviudado poco tiempo hacia, para poder criar á su reducida familia habia tenido que agotar todos sus recursos. Una enfermedad de algunos dias que tuvo, no habiéndola permitido trabajar, acabó de arruinarla.

Jorge era el mayor de sus hijos ; entendido y sencillo, ya comprendia á su edad la triste posicion de su familia, y no pudiendo mejorarla, poníase algunas veces á hacer magníficos proyectos sobre su porvenir por medio de los cuales contribuiría á cubrir sus necesidades cuando fuese grande ; queria ganar mucho dinero y no reservarse para sí sino la satisfaccion que le resultaria de ponerlo todo en manos de su madre. Estos sueños que solemos hacer, estando despiertos cuando somos niños, son vanos ; porque es necesario que no creamos que basta con la fuerza y

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR DE MEXICO.

Dos panecillos.



Rafael y Vilá, editores.

Litog. de Decaen.

¡Ay! dijo el muchacho redoblando su lloro, ¿ á donde iré ? Me han despedido.